

fuese abundante, como sabia la clase de gentes que debia regalar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin, nos sentamos á la mesa muy alegremente. Mis poetas principiaron á hablar de sí mismos, y alabarse. El uno citaba con vanidad los Grandes y las Señoras á quienes era agradable su musa: el otro, vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrían con la misma presuncion. Mientras comia me asesinaron con versos, y con prosa: cada uno de ellos recitaba segun su turno algun trozo de sus escritos: el uno lee un soneto, el otro declama una escena trágica, otro lee la crítica de una comedia, y el quarto, queriendo á su vez leer una oda de Anacreonte traducida en malos versos Españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se há servido de un término impropio. El autor de la traduccion definiendo lo contrario: de aquí nace una disputa, en la qual todos los ingenios toman partido. Las opiniones se dividen, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Sin embargo pase; pero estos furiosos se levantan de la mesa, y se dan de puñadas. Fabricio, Scipion, mi cochero, mis lacayos y yo en qué nos vimos de ponerlos en paz. Quando se vieron separados salieron de mi casa como de una taberna; sin darme la menor excusa de su impolítica.

Nu-

Nuñez en la suposicion de que yo me habia formado una idea agradable de esta comida, quedó muy aturdido de la aventura: y bien, le dixé, mi amigo, ¿me celebrareis todavía vuestros convidados? A fé mia que me habeis traído unas gentes bien groseras. Aténgome á mis Covachuelistas, no me hables mas de autores. Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, estos son los mas razonables.

## CAIPTULO X.

*Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas con la Corte: de la comision que le confió el Conde de Sumel, y del lance en el qual él y este Señor se metieron.*

Luego que se supo que el Duque de Melar me amaba, tuve mi antesala. Todas las mañanas se encontraba llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de gentes. Las unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al Ministro, y las otras para excitarme con súplicas á sacarles *gratis* lo que pretendian. Los primeros tenian la seguridad de ser escuchados y bien servidos. En órden á los segundos me desem-

AA 2

ba-

barazaba prontamente con excusas, ó los entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la Corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que un pedernal. De consiguiente perdí tambien la sensibilidad con mis amigos, y me despojé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad voy á contar del modo cómo traté en una ocasion á Josef Navarro.

Este á quien tanto tenia que agradecer, y quien para hablar de una vez era la causa primera de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al Duque de Melar cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable, y de un gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. No dudo, añadió Josef, que siendo Vmd. tan bueno, y amigo de dar gusto, lo tendreis en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de Vmd. Tengo la seguridad de que me dareis las gracias, porque os busco ocasion de exercer vuestro humor caritativo. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de valde. Aunque esto me disgustaba, no dexé de aparentar tendria gusto en servirle. Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que

que poder manifestar á Vmd. el vivo agradecimiento de quanto Vmd. ha hecho por mí: me basta que Vmd. se interese para servirle. Su amigo tendrá el empleo que desea: cuente Vmd. con ello. Este es negocio mio, no de Vmd.

Con estas expresiones Josef se fue muy satisfecho de mi favor. Sin embargo, se quedó sin el mencionado empleo, y lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi cofre. Esta suma fue preferida á los agradecimientos que hubiera recibido de mi primer oficial, á quien con un modo pesaroso dixé quando nos volvimos á ver: ¡ah! mi amado Navarro, Vmd. me habló tarde. El Baron de Roncal se ha anticipado; ha hecho dar el empleo que Vmd. sabe. Yo siento en extremo no darle mejor noticia.

Josef me creyó de buena fé, y nos separamos mas amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad porque no volvió á mi casa. En lugar de tener algunos remordimientos por haberme portado tan mal con un amigo verdadero, y á quien tanto debia, quedé lleno de gusto. Ademas de que ya me pesaban los favores que me hizo, no me parecia conveniente tratar con mayordomos en el estado en que me hallaba en la Corte.

Volvamos al Conde de Sumel, de quien hace tiempo no hemos hablado, y á quien visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavia le llevé otros

otros mil por orden del Duque su tío, del dinero que yo reservaba para S. E. En este día quiso el Conde tener una larga conversacion conmigo; me dixo que al fin habia conseguido su intento, y que enteramente poseía el favor del Príncipe, de quien era el único confidente. Despues me dió una comision muy honrosa, de la qual me habia ya hablado. Amigo Santillana, me dixo, vamos, manos á la obra. No dexéis de hacer quanto podais para descubrir alguna buena moza digna de divertir á este bizarro Príncipe. Entendimiento teneis; nada mas os digo. Id, corred, buscad, y luego que hayais descubierto cosa buena, decídmelo. Ofrecí al Conde no omitir cosa que pudiese contribuir al buen cumplimiento de mi empleo, cuyo exercicio no debe de ser muy difícil pues que hay tantas gentes que lo toman.

Esta suerte de pesquisas no me era muy conocida, pero creí que Scipion seria tambien admirable para el caso. Habiendo llegado á casa le llamé, y le dixe á solas: hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante. Ya sabes que en medio de tanto como me favorece la fortuna, no dexa de faltarme alguna cosa. Facilmente adivino la que es, interrumpió sin dexarme acabar lo que queria decirle. Vmd. necesita una ninfa agradable, que le disipe un poco, y le divierta; y en efecto, es de maravillar que Vmd. en la primavera de sus días no la tenga, quando los viejos circunspectos

no

no pueden estar sin ella. Admiró tu penetracion, le dixe sonriéndome. Sí, amigo mio, una dama necesito, y elegida por tí; pero advierte que soy muy delicado en la materia: yo quiero una persona bonita, y que no tenga malas costumbres. Lo que Vmd. desea, repitió Scipion sonriéndose, es algo raro; no obstante estamos, á Dios gracias, en una tierra en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que Vmd. necesita.

Efectivamente á los tres días me dixo: he descubierto un tesoro; una señorita llamada Catalina, de buena familia, y de una hermosura asombrosa, que vive con una tia suya en una casa pequeña, muy decentemente con sus cortos bienes. La criada que la sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que aunque su puerta está cerrada á todo el mundo, no seria difícil que se abriese á un galan liberal, y rico, con tal que para no escandalizar entre en su casa solo de noche, y con todo sigilo. Por esto le he pintado á Vmd. como un hombre digno de que se le abran sus puertas, y he suplicado á la criada lo ponga á las dos señoras, lo qual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á decirme su respuesta. Bravo va el negocio, le respondí; pero temo que te engañe la criada; no, no, replicó, esa no es conmigo, á mí no se me engaña: he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho

cho

cho he sacado en consecuencia que la señora Catalina es tal como Vmd. la puede desear, es decir una Dánaë con quien Vmd. podrá hacer el Júpiter á favor de una lluvia de doblones que dexará caer.

Aunque estaba bien prevenido contra esta clase de fortunas, no dexé de entrar en esta. La criada avisó á Scipion que podia presentarme aquella misma noche, y á las once me entré en la casa con mucho sigilo. La criada me recibió sin luz, me tomó de la mano, y me llevó á una buena sala, en donde encontré las dos señoras gallardamente vestidas, y sentadas sobre unas almoadas de terciopelo. Luego que me vieron se pusieron en pie, y me saludaron con mucha gracia, y á la verdad me parecieron personas distinguidas. La tia, que se llamaba la señora Mencía, todavía hermosa, no dexó de atraer mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, quien me pareció una diosa; y aunque exâminada rigurosamente podia decirse que no era una hermosura perfecta, tenia sin embargo gracias, que con un ayre atractivo y voluptuoso ofuscaban, haciendo imperceptibles sus defectos.

Al verla perdí lo tramontana: olvidé que iba como procurador, hablé en mi propio y privado nombre, y me manifesté apasionado. La señorita, á quien juzgué de mas entendimiento que el que tenia (tal era lo bien que me habia parecido) acabó de encantarme con sus

res

respuestas. Ya principiaba yo á perder el seso quando la tia para moderar mis impulsos me habló en este modo: Señor de Santillana, voy á explicarme francamente con V. S. Por el elogio que se me ha hecho de V. S. le he permitido entrar en mi casa, sin ponderarle el favor que le hago en ello; pero no penseis por esto que estais adelantado: hasta qui he criado á mi sobrina con recogimiento, y sois, digámoslo así, el primero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa, tendré mucho gusto de que ella tenga este honor; ved si á este precio la quereis, pues de otro modo no es posible.

Este tiro á quema ropa ahuyentó el amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en mí mismo, y convirtiéndome en un instante en fiel agente del Conde de Sumel, mudé de tono, y respondí á la señora Mencía: señora, vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. La figura que hago en Madrid no basta para merecer á la incomparable Catalina; la tengo guardado un partido mas brillante: la destino al Príncipe. Me parece, respondió la tia friamente, que bastaba despreciar á mi sobrina, y que no era necesario acompañar su desprecio con la burla. No me burlo, señora, proseguí, hablo seriamente, tengo orden de buscar una persona de mérito á quien pue-

TOMO III.

BB

da

da visitar secretamente el Príncipe, y en casa de Vmd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencía, á quien percibí no la habia desagrado; sin embargo creyendo que debia hacer la reservada me replicó en estos términos: aun quando tomára al pié de la letra lo que Vmd. me dice, ha de saber que no tengo genio de hacer vanidad del infame honor que resultaria á mi sobrina siendo dama de un Príncipe; esta idea horroriza á mi virtud... ¡Qué sándia es Vmd. con su virtud! Vmd. piensa como una simple aldeana. Se burla si mira estas cosas con tanto escrúpulo; eso es quitarlas lo que tienen de bueno, es necesario mirarlas con ojos gustosos. Considerad á los pies de la dichosa Catalina al heredero de la Monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad en fin que quizá puede nacer de ella un heroe que haga inmortal el nombre de su madre.

Fingió la tia no resolverse aunque estaba determinada á aceptar mi proposicion, y Catalina, que ya hubiera querido poseer al Príncipe, afectó una grande indiferencia; por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la señora Mencía viéndome ya disgustado y dispuesto á levantar el sitio tocó la llamada, y formamos una capitulacion que contenia los artículos si-

guientes: el primero: que si con el informe que haria al Príncipe de las gracias de Catalina se agradaba de ella, y se determinaba á hacerla una visita nocturna, yo deberia cuidar de informar á las señoras de ella, y de la noche que eligiria para este efecto. El segundo: que el Príncipe debia entrar en casa de las dichas señoras como un galan ordinario, y solamente acompañado de mí y de su principal confidente.

Hecho este convenio me hicieron mil favores la tia y la sobrina; me trataron familiarmente, con lo que aventuré algunas llanezas que no fueron muy mal recibidas; y quando nos separamos me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se forma la union entre los alcahuetes y las mugeres que los necesitan: al verme salir tan favorecido nadie hubiera dicho sino que yo era mas dichoso de lo que era en realidad.

El Conde de Sumel tuvo una alegría extrema quando le dixé que habia hecho un descubrimiento qual podia desearlo. En tales términos le hablé de Catalina que le excité el deseo de verla. Habiéndole llevado la noche siguiente á su casa, me confesó que habia hecho muy buena eleccion. Dixo á las señoras no dudaba que el Príncipe quedase gustosísimo con la dama que yo le habia elegido, y

que ésta por su parte no dexaria de estar contenta con tal amante por ser el Príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin las ofreció llevarle dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este Señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche donde ámbos habíamos venido, el qual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa, y me encargó instruyese el dia siguiente á su tío de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviára mil doblones para finalizarla.

El dia siguiente fuí á dar exácta cuenta de todo lo que habia pasado al Duque de Melar, á quien no obstante le oculté lo de Scipion, atribuyéndome á mí el descubrimiento de Catalina; porque para con los Grandes de todo se hace honor.

Y en efecto se me dieron gracias de ello. Señor Gil Blas, me dixo el Ministro con ayre burlon, me alegró que Vmd. una á sus otros talentos el de descubrir las mejores hermosuras: y no estrañará que quando necesite algunas me dirija á Vmd. Señor, le respondí con el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permítaseme que diga que escrupulizaria si procurase esta suerte de placeres á V. E. Está en posesion de este empleo tanto tiempo hace el Baron de Roncal, que seria una injusticia el despojarle. El Duque

se sonrió de mi respuesta, y mudando de discurso me preguntó si su sobrino no pedia dinero para esta empresa. Perdonad, le dixé, suplica á V. E. le envíe mil doblones. Está bien, respondió el Ministro, lleváelos; dile que no los escasee, y que apoye todos los gastos que el Príncipe quiera hacer.

## CAPITULO XI.

*De la visita secreta y de los regalos que hizo el Príncipe á Catalina.*

En la misma hora llevé los mil doblones al Conde de Sumel. No podias venir mas á tiempo, me dixo este señor. He hablado al Príncipe: ha caido en el lazo: se abrasa de impaciencia por ver á Catalina: se ha resuelto que esta misma noche se ha de escapar secretamente de Palacio para ir á su casa. Las medidas están ya tomadas. Informa de esto á las señoras, y dálas el dinero que me traes: es necesario hacerlas conocer que el que van á recibir no es un amante ordinario; ademas de que los regalos de los Príncipes deben preceder á sus galanterias. Supuesto que le has de acompañar conmigo, procura estar esta noche en Palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche (porque me parece con-

conveniente servirnos de él) nos espere á media noche cerca de Palacio.

Inmediatamente fuí á casa de las señoras, en donde no ví á Catalina, por estar, segun se me dixo, acostada, y solo hablé á la señora Mencía. Perdone Vmd., señora, la dixé, si la visito de dia; no puede ser otra cosa: es preciso avisar á Vmd. que el Príncipe vendrá esta noche; y vea Vmd. aquí, añadí alargándola el saco en donde llevaba el dinero, vea Vmd. aquí un don que envía al templo de Cyterea para hacerse propicias las deidades. Ya ve Vmd. que no las he metido en un paso inútil. Doy á Vmd. las gracias, me respondió; pero dígame, señor de Santillana, si el Príncipe gusta de la música. Locamente, la respondí: ninguna cosa puede divertirle tanto como una buena voz acompañada de un instrumento tocado delicadamente. Mucho mejor, exclamó ella transportada de alegría; lo que Vmd. dice me llena de gozo, porque mi sobrina canta como un ruiñón; y toca maravillosamente; tambien bayla á la perfeccion. ¡Vive Dios, grité, estas son muchas perfecciones, tia mia! No necesita tanto una señorita para hacer fortuna: una de estas habilidades la basta.

Preparadas así las cosas esperé la hora en que el Príncipe debia acostarse. Llegada esta dí mis órdenes al cochero, y busqué al Conde de Sumel, quien me dixo que el Príncipe para quedarse solo antes de tiempo iba á fingir una ligera indisposicion, y acostarse;

á fin de persuadir mejor que estaba malo; pero que de allí á una hora se volveria á levantar, y por una puerta secreta tomaria una escalera excusada que caía á los patios. Luego que me instruyó de lo que ámbos habian concertado, me apostó en un sitio por donde me aseguró que habian de pasar. Duró tanto el poste que empecé á creer habia tomado nuestro galan otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina, como si los Príncipes abandonáran estas especies de antojos sin satisfacerlos. En fin quando creía me habian olvidado se llegaron á mí dos hombres, á quienes conocí ser los que esperaba, y llevé á mi coche, en el qual montaron ámbos. Yo iba cerca del cochero para guiarle, y le hice parar á cinquenta pasos de la casa de las señoras. Dí la mano al Príncipe y á su compañero para ayudarlos á baxar, y marchamos hácia la casa á donde queriamos entrar. Al acercarnos se abrió la puerta, é inmediatamente que entramos se volvió á cerrar.

Al principio nos encontramos en la mismas tinieblas que yo me ví la primera vez, aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan sombría que solamente la percibiamos sin que ella nos alumbrára. Todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su heroe, el qual quedó vivamente sorprendido á vista de las señoras, que le recibieron en la sala en donde la claridad de un sin número de bugías recompensó la obs-

cu-

ridad que había en el patio. La tía y la sobrina se dexaron ver en el desavillé mas primoroso con un ayre tan atractivo que no se podía mirar impunemente. Nuestro Príncipe, si no hubiera tenido que escoger, se hubiera contentado muy bien con la señora Mencía; pero tuvieron la preferencia, como era razon, las gracias de la jóven Catalina.

Y Pues, Príncipe mio, le dixo el Conde, ¿podíamos haber procurado á V. A. el gusto de ver dos personas mas bonitas? Ambas me emblesan, respondió el Príncipe, no pienso llevarme de aquí mi corazon, pues si faltára la sobrina no se escaparia de la tía.

Despues de un cumplimiento tan gracioso para una tía, dixo mil cosas lisonjeras á Catalina, á las que respondió con mucha discrecion. Como les es permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion, mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dixe al galan que su ninfa cantaba y tocaba á mil maravillas. Se alegró de saber que tuviese estas habilidades, y la suplicó le diese alguna muestra de ellas. Con mucho gusto cedió á sus instancias: tomó un instrumento bien templado, tocó sonnes tiernos, y cantó de un modo tan expresivo que el Príncipe se dexó caer á sus rodillas transportado de amor y gusto. Pero acabemos esta pintura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se había abismado el here-

do

dero de la Monarquía hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que arrancarle de esta peligrosa casa quando ya se acercaba el dia. Los señores agentes le llevaron prontamente á Palacio, y le dexaron en su aposento. Despues se volvieron á su casa tan contentos de haberle unido con una aventurera, como si hubiesen hecho su casamiento con una Princesa.

La mañana siguiente conté esta aventura al Duque, porque todo lo queria saber. Quando le acababa la narracion llegó el Conde de Sumel y nos dixo: el Príncipe está tan poseido de Catalina y le ha gustado tanto, que piensa en verla con frecuencia y fixarse allí; quisiera enviarle hoy dos mil doblones en joyas, pero no tiene dinero. Se ha dirigido á mí y me ha dicho: mi amado Sumel, es preciso que me busques en la hora esta suma. Sé que te incomodo, que agoto tu bolsillo, y por tanto te tengo en mi corazon: si alguna vez me hallo en estado de ser-te reconocido en otros términos, no te arrepentirás de haberme obligado. Yo le respondí, apartándome de él: Príncipe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea. No es difícil satisfacerle, dixo entonces el Duque á su sobrino. Santillana va á llevaros ese dinero, ó si quereis él mismo comprará las joyas, porque las conoce perfectamente y sobre todo los rubies. No es verdad, Gil Blas, añadió mirándome con un aire maligno? Qué malicioso sois, señor, le respondí; y que V. E. quiere ha-



cer reir á expensas mías al señor Conde, y así fue. El sobrino preguntó ¿qué misterio encerraba aquello? No es cosa, replicó el tío riyéndose; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque ni le fué de honor ni provecho.

Hubiera salido ventajoso si el Ministro no hubiera dicho mas; pero tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y Don Rafael me habian jugado en la posada, y se extendió particularmente en las circunstancias que mas me mortificaban. Despues de haberse divertido bien S. E. me mandó acompañar al Conde de Sumel, el que me llevó á casa de un joyero en donde escogimos las joyas que llevamos al Príncipe, las cuales se me confiaron para que las diese á Catalina, y despues fuí á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del Duque para pagar al mercader.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente fuí recibido de las señoras con agrado quando las presenté los regalos de mi embaxada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes con los pendientes para la sobrina. Encantadas la una y la otra de las demostraciones de amor y generosidad del Príncipe, principiaron á charlar como dos comadres y á darme gracias, porque las habia procurado tan buen conocimiento; con el exceso de su alegría se olvidaron de su ficcion. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo

habia facilitado al hijo de nuestro gran Monarca una picarona. Para saber ciertamente si yo habia conseguido tan excelente empresa me retiré con intento de instruirme de Scipion.

## CAPITULO XII.

*Quien era Catalina; embarazo de Gil Blas; su inquietud, y la precaucion que tomó para sosegarla.*

Al entrar en mi casa ví un gran trastorno. Pregunté la causa, y se me dixo que Scipion daba aquella noche de cenar á seis de sus amigos. Cantaban á gritos, y reían á carcajadas. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete Sabios.

El que la daba, luego que supo mi llegada, dixo á sus compañeros: señores; no es nada, es el amo que ha venido: no os inquieteis, continuad divirtiendoo. Voy á decirle dos palabras, é inmediatamente vuelvo. Vino, pues, á mí: ¿qué gritería es esa le dixen? ¿Qué casta de gentes son las que regalas allá baxo? ¿Son poetas? No señor, perdone Vmd., me respondió: sería lástima dar vuestro vino á semejantes gentes; yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que pretende un empleo por vuestra mediacion y su dine-